

EL TIEMPO, SEGÚN DÍAZ-CASSOU

Antonio Martínez Cerezo

Lo malo de que le pongan a una calle el nombre de un ciudadano es que el ciudadano se eclipsa en beneficio de la calle. Tal va siendo el caso del murcianista Pedro Díaz-Cassou (Murcia, 1843-Madrid, 1907), a quien Murcia distinguió (en justo pago por lo mucho que él había distinguido a Murcia) dando su nombre a la centriquísima calle de las Carnicerías (actual plaza de las Flores); distinción que los ciudadanos no respaldaron con el uso, viéndose luego la Corporación obligada a dar su nombre a una avenida, ancha como un río, que por ahí para.

El hombre pasa, las obras quedan.

Para muchos ciudadanos actuales, Díaz-Cassou no es más que una vía urbana, una calle en la ciudad de sus idas y venidas. Y, más que una vía urbana, una sala de exposiciones, un centro cultural: el Díaz-Cassou, en román paladino.

La gente ni siquiera va a la casa-habitación-estudio del abogado-escritor-ensayista Díaz-Cassou, sino al Díaz-Cassou, que viene a ser algo así como el Bernabéu, pero en plan cultura local.

El domicilio que el ciudadano Pedro Díaz-Cassou habilitara para su uso y disfrute ya ni siquiera es la casa del erudito, el estudio del folklorista, el taller de la palabra del fértil y tenaz investigador de la literatura popular murciana. El domicilio-estudio-taller del murcianista en la jerga popular de nuestros días es ese lugar de encuentro, en las tardes-noches de inauguración con copichuela y canapé, que luce sus remozos ornamentales en la calle de Santa Teresa.

Desvelar quién se oculta tras el nombre del establecimiento cultural me temo no sea cuestión que quite el sueño a la mayor parte de la feliz y confiada vecindad.

En la antología del disparate (versión local) seguramente consta ya (y si no que

conste) que a la pregunta de un profesor de Instituto a los bachilleres en ciernes sobre si alguien podía aclarar a la clase quién era Díaz-Cassou, el más despierto de los letrandos se alzó tras el pupitre, levantó la mano tribuna y soltó sin regomello una razón de peso que le salió del alma:

— Díaz-Cassou es una casa de la calle de Santa Teresa.

El Díaz-Cassou, que no Díaz-Cassou.

El ciudadano eclipsado por el centro cultural epónimo, la nombradía emboscando al renombrado personaje que da nombre al cultural invento.

Para el amante de las cosas de Murcia, sin embargo, algo más, mucho más, que una casa modernista en la calle de Santa Teresa o centro cultural en dicho sitio fue y es (sigue siendo) Díaz-Cassou, don Pedro; a quien su dedicación a la abogacía, su oficio, no privó del interés preciso para sacarse de la ancha manga un buen haz de trabajos de sustantivo provecho, su gran vocación.

Tal el breve pero enjundioso trabajo que lleva por nombre *Almanaque folklórico de Murcia*, publicado a sus expensas en 1893, almanaque que, en honor y homenaje a tan ilustre e ilustrado murcianista, las Peñas Huertanas de Murcia deberían tener en sus sedes sociales como alimento nutricio para todo el año. Que mucho celebrar 'Semanas Culturales' (repetidas hasta la saciedad) que no pasan de ser sentadas hasta el alba donde se comen morcillas a lebrillos y se bebe jumilla en garrafa mientras el parrandero de turno canta desafinando a gritos 'que se lleva la guitarra porque la guitarra es suya'... Y a don Pedro Díaz-Cassou, faro de Alejandría de la Huerta de Murcia, ni mentarlo.

Por si alguien tuviera la buena enza de leer activamente en una Peña Huer-

tana las líneas que a mayor gloria y memoria del estudioso de las costumbres murcianas aquí se agavillan, sirva de aviso que su sencillo pero bien avisado y documentado trabajo almanaquístico se inicia con el siguiente introito:

*Me ves en los escritorios
y estoy en todas las cosas,
si en alguna no me compran
es que Almazán me regala
limitada está mi vida
y mis días son contados,
aquel en que moriré
saben todos de antemano.
(El Almanaque)*

Valga como aclaración que el tal Almazán no era otro que el editor del diario «La Paz de Murcia», uno de los dos papeles cotidianos que por entonces se editaban a orillas del Segura, el cual Almazán tenía, por lo visto, el detalle de buena crianza de regalar anualmente a los lectores de su publicación un almanaque para que se orientaran convenientemente en la fronda de los días.

El año de Díaz-Cassou parece haber leído y asimilado a Saint-Exuperie, cuya máxima razón más nos valdría tener bien en cuenta: «La felicidad humana no está en la libertad, sino en la aceptación de un deber». El reino del calendario es de este mundo y tiene las horas contadas. Durante trescientos sesenta y cinco días (uno más en los bisiestos) se le ve por todas partes, en los escritorios, en las paredes, en los relojes, en los bolsillos, dejando caer las hojas, hoja tras hoja... El almanaque es el pulso de los días, el cómputo de las semanas, el registro de las estaciones, la tabla de las mareas y el decurso de las lunas.

Los años se cuentan por tacos. Tantos tacos... tantos años.

El calendario es un taco. Pero un taco con corazoncito y alma, el taco de los renovados días, de las sucesivas estaciones, de las lunas que se han ido y de las que están

por llegar. Como todos, como todo, el taco nace para la nada. Su condición de 'ser para la muerte' no fue preciso que lo predijera Sartre. Nadie ignora cuando nace y para que nace. La ventaja del calendario sobre los humanos es que el calendario no sólo sabe que nace para morir sino también cuando muere, lo que le permite vivir todos los días para el fin inevitable, aquel en que los 'pascualeros' o 'aguilanderos' murcianos cantarán con cazallosa voz en los quijeros de las acequias y en los ventorrillos: «San Silvestre, deja el año y vete».

La felicidad del calendario reside en la aceptación de su deber. Cumplida su misión, el calendario cede su puesto a un nuevo calendario. De ahí que los calendarios se ilustren con la imagen de un anciano que trae de la mano a un bebé en pañales. El año viejo (agotado) cediendo el testigo al año nuevo (virgen).

EL AÑO

Los días, en su conjunto, los estudia Díaz Cassou en dos trancos muy precisos que encabeza con los capitulares 'adivinás' y 'dichos y refranes'. Las *adivinás* (adivanzas) servían a la gente de la Huerta, en las largas e interminables noches de invierno sin tele (oh felicidad perdida) para transitar las horas en paz, amor y concordia, mientras los hombres de la casa desgranaban panochas zuro en mano (y no es por señalar) y las mujeres ponían culeras a los pantalones o soletas a los calcetines de los muchos mengajos de la récua.

Adivinás

- Arbol con doce ramas, / cada rama con su nombre; / aciértalo, si eres hombre.
- Acierta quien soy, varón: / tengo doce hijos de mi corazón, / y de ellos treinta nietos / que la mitad son blancos / y la mitad son prietos.
- Es arbol con doce ramas / cada una tiene su nido / cada nido siete pájaros / y cada cual su apellido.



Dichos y refranes

- No es buen año / cuando el pollo pica al gallo.
- Por donde van ellas (habas y cebadas) / van ellos (garbanzos y trigos).
- Mas vale año tardío / que vacío.
- No digas mal del año / hasta que sea pasado.
- Pierde el mes lo suyo / pero no el año.
- Año de nieves / año de bienes (o año de nieves, / año de mieses).
- Año de heladas / año de parvas.
- Año de neblinas / año de hacinas.
- Año de abejas / año de ovejas.
- Año de pájaros / año de quebrantos.
- Año de endrinas / poco se arrima; o pocas harinas.
- Año de gamones (*asphodelus ramosus*) / año de hambrones.
- Año de brevas / nunca le veas.
- Año de peras / mal para las eras.

La sabiduría popular, rica en dichos y refranes, se nutre de estas sencillas razones basadas en la observación de los fenómenos naturales. Y, a la vez, nutre el general acervo con su particular contribución.

No hay que forzar mucho la memoria para recordar a nuestros abuelos enhebrando dichos y refranes de toda la vida que acababan de inventárselos mientras dejando a un lado el haz de alfalfa recién segada se echaban mano al codo que les dolía a rabiar, anunciando lluvias para el día siguiente.

La sabiduría de la Huerta es deductiva (o no sé si inductiva). Se mira, se ve, se toma nota (aunque no se sepa escribir), se deduce... Lo empírico nace de la observación, de la atentísima observación de los fenómenos naturales.

Horra de letras y ciencia, la Huerta de Murcia es por naturaleza empírica.

El mucho saber del huertano no es producto de las aulas, de los libros, de los talleres, de los laboratorios, proviene de la repetida experiencia cuya semilla llevan de unas pedanías a otras los individuos al matrimoniar o resolverse en pareja. Dichos del Cabezo que viajan hasta La Ñora, dichos de La Ñora que paran en Aljucer, dichos de Aljucer que varan en La Azacaya, dichos de todos los rincones de la huerta que van y vienen de aquí para allá, como las estaciones, volviendo con las gaviotas y la primavera, con el verano, con el otoño, con el invierno.

En verano, los dichos, las *adivinás*, los refranes... revolotean como mariposas sobre el montón de las panochas, en las largas y divertidas noches de los desperfollos, mientras corren de mano en mano los porrones y la cascaruja y los jóvenes se intercambian pellizquitos y repizcos (consentidos y a la luz de la luna) cada vez que encuentran una panocha con granos de colores o intercambian besos de pitiminí (de primeriza y tierna declaración) cuando sacan al azar una 'colorá' enterrada entre las demás (con premeditación y alevosía) por las casamenteras madres con hijos en edad de merecer.

En invierno, la escena deviene necesariamente íntima, familiar, casera, hogareña...

La imaginación dibuja un hogar (cocina francesa, que se decía en la Huerta), con un lento fuego de zuros, donde despaciosamente cuece un caldo o se disuelve una pastilla de tinte para la ropa vuelta. Panocha tras panocha va cayendo el grano en el capazo o serón. Grano que

mañana será trigo en el molino y más después carne de cochino (mejorando lo presente) destinado a la matanza anual.

De cuando en cuando, a falta de tele, la voz del padre o de la madre o de la tía soltera que vino de visita un día a echar una mano y sigue en ello, se alza sobre el silencio e invita a la concurrencia a desgranar la *adiviná*.

Me gusta la palabra: *adiviná*. Como me gusta todo lo natural, lo no forzado, lo que nace como la surgencia en la tierra, como un pulso de frescor que se manifiesta espontáneamente, por su sólo sí. Tomen nota los insensatos deformadores actuales del hablar murciano, esos salados sin sal, esos chistosos sin chiste. Anoten esta palabra, de la que bien podría derivar *adivinaera*; pero nunca esos disparates que se inventan los que no tienen saber para inventar ni humildad para preguntar a los pocos mayores que van quedando: que esos sí que saben lo que se hablaba en la Huerta, lo que ellos siempre hablaron, lo que se sigue hablando:

- Adivina adivinanza, ¿qué tiene el rey en la bragueta?
- Dos balas y una escopeta.

Entregados a *adivinás*, adivinanzas y *adivinaeras* tales, humildes e ingenuas a la vez que alumbradoras y aleccionadoras, transcurrían las morosas noches del invierno en la Huerta, mientras los noviazgos maduraban como el orujo en la alquitara y la gota de miel en el culo de los higos secos.

Sobre todo ello, revolotea la sabia advertencia: No digas mal del año hasta que sea pasado, que mal año no es, sino todo lo contrario, aquel al que se le ven las dos puntas, la del comienzo y la del final.

LAS ESTACIONES

Abordado el año en su conjunto, Díaz-Cassou toma su acerado bisturí y lo desmenuza con pasión de entomólogo en

cuatro partes iguales (las estaciones); cuyo relato comienza (cual era de rigor en la Antigüedad clásica) con el invierno, al que siguen (por su orden natural) la primavera, el verano y el otoño.

Desmiente así don Pedro un viejo dicho murciano, según el cual Murcia sólo tiene tres estaciones: la primavera, el verano y la estación del Carmen.

Ni otoño propiamente dicho, ni invierno. Hay, sí, un amago de otoño, con frutos de oro, de puro oro viejo: los dátiles, los limones, los naranjos, los pomelos...

Luciendo todos estos frutos como joyas de macizo metal noble entre las hojas verdes de los árboles del huerto.

Verdes, en la Huerta, muchos. Oros también, pero vegetales. El agro hecho joya en la minuciosa orfebrería del árbol, barroquismo natural.

Sirva de aviso: en la Huerta de Murcia no se dora la hoja, sino el fruto, al pasar del agraz a la sazón... Y hay también, en nuestra Huerta, un amago de invierno, más corto que en otros lugares del país, con escasas y raras nieves, salvo en el Altiplano (que Díaz-Cassou no registra en su relato, huertano hasta la médula); inviernos infames con vientos del norte ('pelacañas') que, en las traicioneras noches del invierno pleno, aúllan como lobos y se resuelven en heladas contra las que nada valen las estufas de serrín que el huertano arrima a limoneros y naranjos para ver de quitarles el frío a los angelicos suyos.

Valga de otoños e inviernos por ahora, que más vale no mentar las *otoñás* y las *invernás*, enemigas naturales del huertano, no sea el demonio qué...

Al frente de cada una de las cuatro estaciones (con música de Bach al fondo), Díaz Cassou otorga su venia a la estación para que la estación presente por sí misma sus credenciales, los dones que la distinguen.

Hablan las estaciones, oigámoslas.

EL INVIERNO SE PRESENTA Y DICE:*Invierno*

— Cuando me empiezo a mojar / de madre salen los ríos / y hago al más fuerte temblar; / y después de tantos brios / en el fuego voy a dar.

(El Invierno)

— Golondrinas tardías, / invierno tardo; / golondrinas tempranas, / pronto verano.

— No creas en inviernos claros / ni en los veranos nublados.

— A invierno lluvioso / verano abundoso.

— Sol de invierno / sale muy tarde / y pónese presto.

— Amistad de yerno / sol de invierno.



Hasta aquí la tarjeta de visita del invierno, la más blanca estación, la estación blanca, tanto que ya el nombrarla causa frío.

El invierno no es fin, sino principio. El invierno anuncia la renovación, el principio del nuevo ciclo. Las nieves, darán en agua en tiempo de deshielo. De las aguas nacerán arroyos como toros bravos. Los arroyos arrimarán riegos a las tierras de labor... Y, sin embargo, qué injusta mala prensa tiene el invierno. La estación de las carnes erizadas, de las orejas pobladas de sabañones (si es que tal cosa, los sabañones, sigue existiendo). El invierno hace temblar al más fuerte (recuérdese que el padre invierno fue siempre el mejor defensor de Rusia), ante el general invierno a ver quién es el guapo que no tiembla.

La Huerta tiembla en invierno. A la

Huerta el invierno no le gusta; pero el invierno es a la Huerta tan necesario como el resto de las estaciones.

Se aprieta el cielo, se oscurece el horizonte, llueve sobre los huertos y huertas. Y, a veces, he aquí lo malo, ante el severo padre invierno hasta el huerto más fuerte y bien guardado tiembra, de frío y de miedo.

El huertano teme, sobre todo, las heladas negras. De las cuales resultan los frutos dañados y el árbol también, hasta la caz del hueso.

Testigo fiel de la realidad circundante, Díaz-Cassou recoge refranes, dichos, aforismos, sabidurías que Murcia comparte con otras tierras y lugares, basado todo ello, tanto saber popular, en la observación de los fenómenos naturales: el movimiento de las aves migratorias, la claridad u oscuridad de los cielos, la temprana caída del sol, las lluvias... Y nos brinda al final de su recuento, como guinda coronando el rico pastel, un dicho que da mucho en que pensar:

*Amor de yerno
sol de invierno.*

Uno, que es ambas cosas, yerno y suegro, no puede por menos que acogerse a la literalidad del texto: el amor del yerno es como un sol de invierno; algo que se agradece tanto más cuanto viene a ser como un regalo inesperado, esa mano que llega cuando hace falta, esa palabra que anima a seguir llevando la dura carga de las peblas y malencias que en la vejez no faltan, ese afecto que está ahí, esa seguridad que refuerza los cimientos de la casa. Egoístamente hay que apartidarse por la ambivalencia, lo que se quiere para uno, lo que del yerno se espera, es lo mismo, exactamente lo mismo, ni más ni menos, que hay que querer para el suegro, que eso mismo espera del yerno que uno es.

Sol de invierno. Qué precisa y preciosa metáfora.

No sol de verano, que ese se da por supuesto. Ni siquiera de primavera o de

otoño, sino sol de invierno, sol escaso, sol raro, sol breve, sol inesperado, sol que sale tarde y muy pronto se apaga, sol que se añora cuando oscurece, sol que se precisa como una buena palabra, como una palmada en la espalda, como un aire, como un agua, como un aliento de fe, esperanza y caridad.

Hoy, por ti; mañana por mí. Lo que sembramos recogeremos. Ojo al Cristo, que es de cera: A las maduras; pero no a las verdes, no. A las verdes y a las maduras, sí.

Que ser buen yerno para el suegro nos depare el favor del cielo de tener buen sol de invierno, amor de yerno, en nuestra presentida ancianidad, cuando las sombras abunden y un brazo firme se precise para caminar.

LA PRIMAVERA SE PRESENTA Y DICE:

Primavera

— Hago encenderse en las venas / la sangre de los amores; / pinto la rosa en colores, / la mezclo con azucenas / y cubro el mundo de flores.

(*La Primavera*)

- Primavera mojada, / verano seco.
- Primavera seca, / verano lluvioso, / otoño peligroso.
- Si hay lluvias en primavera, / cuenta con la sementera.



La primavera en Murcia, como el valor en la mili, se presupone.

Primavera y Murcia son términos sinónimos. Sobre las demás estaciones, despunta muy pronto, prontísimo, la primavera aquí, tan pronto que es como si

estuviera siempre ahí, al acecho, pelando la pava todo el año en la reja.

Enero y febrero son dos meses cancanosos, dos meses que dan mucho el canacán (valga el buen murcianismo). Pero pasan pronto, y así que el calendario los orilla y aparece marzo en el horizonte del taco del calendario, las sendas florecen espontáneamente y todo en la Huerta se llena de olor, color y sabor. Pronto se oye decir que huele a Semana Santa, ese olor indefinible que al murciano no hace falta que se lo defina nadie porque es poco menos que su alimento natural.

Estación de las flores. Y más que de las flores, de la flor cumplida.

En la primavera del hombre hay una flor especial, esa flor por la que suspira.

Y en la primavera de la mujer hay igualmente una flor especial, esa flor por la que suspira. El feliz y promisorio encuentro donde el rosal crece arrodriornado a la parra. El amor de los jóvenes, el amor joven.

Amor que inventa el amor, sutil enredo del enamoramiento.

La primavera tiene pincel de pintor. Su vicio secreto, inconfeso, no es otro que pintar de noche para alegrar nuestras mañanas con sus flores.

La carta de colores de la primavera es infinita, todas las variantes del color caben en sus policromas aguas, aguas que agita el secreto pincel primaveral.

No es jactancia de la primavera que cubra el mundo de flores.

La primavera de Díaz Cassou presenta sus credenciales: ese fuego interno suyo que prende sin mecha en los corazones de hombres y mujeres (jóvenes y jóvenes que popularizó la torpe política sevillí) recordando a la carne en su primor que es llegada la estación de la renovación.

Al fuego de la primavera no hay que soplarle para que prenda. El sol de la primavera trae consigo la mecha, la estopa, el sopro, el soplillo... El fuego de la primave-

ra enciende por dentro, la sangre, los sentidos, regalando al rostro de las huertanas sus hermosas carnaciones de ababol.

Sangre de amores. Incendios contra los que nada puede el parque de bomberos.

La primavera toma las rosas en las manos, y una a una les pinta sus múltiples rubores. La primavera da a las flores aspecto de mariposas (flores que vuelan en la hermosa greguería de Ramón Gómez de la Serna) y a los tiernos brotes de las ramas los preña con brotes que anuncian la flor que dará en fruto.

Que llueva en primavera no es malo, sino todo lo contrario. La lluvia en primavera es miel sobre hojuelas, anuncio de buena sementera.

EL VERANO SE PRESENTA Y DICE:

Verano

— Ardo, pero no en amores, / achicharro al jornalero / me aborrecen los pastores, / no me quiere el caballero.

(*El Verano*)

— Cuando verano es invierno, / e invierno verano, / nunca buen año.

— Verano que dura, / otoño asegura.

— Tras secos veranos, / otoños tempranos.

— A gran seca, / gran mojada.

— Verano seco, / invierno riguroso.

El verano no ignora su vibrante condición de llama, no interior como la de la primavera, sino exterior. Lengua de fuego que no se oculta, lengua de fuego en carne viva. El verano, tan amigo de Murcia que viene a ser como de la familia.

Empieza cuando quiere y se va cuando le da la gana. Viene sin avisar, entra en casa sin pedir permiso y se instala en la Huerta, viendo madurar el limonero y los ladrillos de las construcciones de más fuste. No es del todo cierto que al verano no se le quiera. Al verano, simplemente se le guarda un respeto.

Tan de la mano andan el verano y la primavera en Murcia que son como una misma cosa, una llama que se aviva con

los días yendo siempre a más, nunca a menos. Las foscas del verano propician plácidas dormidas con el culo al sereno.

Las largas horas del verano, que son veinticuatro pero parecen más.

Qué lentas pasan las horas cuando no corre ni un soplo de viento. Y el que corre, cuando corre, es africano.

Nuestro verano tiene sus prodigios: las piedras se parten solas y los pájaros traen el azul del cielo prendido por el ardoroso pico. Es el tiempo de tomar a la tierra sus abundancias: melocotón, albaricoque, ciruela, uva, membrillos y membrillas... Y de darse un garbeo por las playas.

Díaz-Cassou habla de un verano pasado, perteneciente a un tiempo en que se consideraba que 'todo tiempo pasado fue mejor'. Mejor tal vez no, sólo distingo. Tiempo de tirarse de la cama con el alba, trabajar hasta todo más las once, echar un vale a la sombra de la higuera o de la parra, pegarse un capuzón en la acequia cuando las acequias llevaban aguas fiables, y de entregarse en calzoncillos de lienzo a la siesta del canónigo, que viene a ser la que se duerme antes del mediodía tras haberse metido entre pecho y espalda un buen medio pan casero con el debido companaje y un porrón de vino fresco, obviamente jumillano.

A gran seca, gran mojada, anota nuestro lazarillo. Aludiendo, tal vez de soslayo y como quien no quiere la cosa, a ese otro modo de mojarse el seco que es el mojarse por dentro: bebiendo con ganas y con cabeza, que quien bebe con cabeza bebe mejor que quien bebe sólo con estómago.

Tan largo es el verano en Murcia y tan largos sus días con sus noches que dan para mucho, para cuanto se quiera, para todo. En verano faltan manos, de tanto que el verano en Murcia da: noches que se juntan con el alba recogiendo frutos de toda estación en la estación cumplida.

Lo peor que le puede pasar al verano es

ra enciende por dentro, la sangre, los sentidos, regalando al rostro de las huertanas sus hermosas carnaciones de ababol.

Sangre de amores. Incendios contra los que nada puede el parque de bomberos.

La primavera toma las rosas en las manos, y una a una les pinta sus múltiples rubores. La primavera da a las flores aspecto de mariposas (flores que vuelan en la hermosa greguería de Ramón Gómez de la Serna) y a los tiernos brotes de las ramas los preña con brotes que anuncian la flor que dará en fruto.

Que llueva en primavera no es malo, sino todo lo contrario. La lluvia en primavera es miel sobre hojuelas, anuncio de buena sementera.

EL VERANO SE PRESENTA Y DICE:

Verano

— Ardo, pero no en amores, / achicharrado al jornalero / me aborrecen los pastores, / no me quiere el caballero.

(*El Verano*)

— Cuando verano es invierno, / e invierno verano, / nunca buen año.

— Verano que dura, / otoño asegura.

— Tras secos veranos, / otoños tempranos.

— A gran seca, / gran mojada.

— Verano seco, / invierno riguroso.

El verano no ignora su vibrante condición de llama, no interior como la de la primavera, sino exterior. Lengua de fuego que no se oculta, lengua de fuego en carne viva. El verano, tan amigo de Murcia que viene a ser como de la familia.

Empieza cuando quiere y se va cuando le da la gana. Viene sin avisar, entra en casa sin pedir permiso y se instala en la Huerta, viendo madurar el limonero y los ladrillos de las construcciones de más fuste. No es del todo cierto que al verano no se le quiera. Al verano, simplemente se le guarda un respeto.

Tan de la mano andan el verano y la primavera en Murcia que son como una misma cosa, una llama que se aviva con

los días yendo siempre a más, nunca a menos. Las foscas del verano propician plácidas dormidas con el culo al sereno.

Las largas horas del verano, que son veinticuatro pero parecen más.

Qué lentas pasan las horas cuando no corre ni un soplo de viento. Y el que corre, cuando corre, es africano.

Nuestro verano tiene sus prodigios: las piedras se parten solas y los pájaros traen el azul del cielo prendido por el ardoroso pico. Es el tiempo de tomar a la tierra sus abundancias: melocotón, albaricoque, ciruela, uva, membrillos y membrillas... Y de darse un garbeo por las playas.

Díaz-Cassou habla de un verano pasado, perteneciente a un tiempo en que se consideraba que 'todo tiempo pasado fue mejor'. Mejor tal vez no, sólo distingo. Tiempo de tirarse de la cama con el alba, trabajar hasta todo más las once, echar un vale a la sombra de la higuera o de la parra, pegarse un capuzón en la acequia cuando las acequias llevaban aguas fiables, y de entregarse en calzoncillos de lienzo a la siesta del canónigo, que viene a ser la que se duerme antes del mediodía tras haberse metido entre pecho y espalda un buen medio pan casero con el debido companaje y un porrón de vino fresco, obviamente jumillano.

A gran seca, gran mojada, anota nuestro lazarillo. Aludiendo, tal vez de soslayo y como quien no quiere la cosa, a ese otro modo de mojarse el seco que es el mojarse por dentro: bebiendo con ganas y con cabeza, que quien bebe con cabeza bebe mejor que quien bebe sólo con estómago.

Tan largo es el verano en Murcia y tan largos sus días con sus noches que dan para mucho, para cuanto se quiera, para todo. En verano faltan manos, de tanto que el verano en Murcia da: noches que se juntan con el alba recogiendo frutos de toda estación en la estación cumplida.

Lo peor que le puede pasar al verano es

que parezca un invierno; especie rara que en nuestros pagos raramente florece y cuaja. Mas si así fuera, no faltará sabio local que rascándose el colodrillo con el gobén de un carro espete a quien le quiera oír:

— El verano que parece invierno es un verano con la gracia cagá.

EL OTOÑO SE PRESENTA Y DICE:

Otoño

— No me basta ser templado / para que no enfermen más; / porque yo mismo he enfermado / y mi mal conocerás, / en haberme deshojado.

(*El Otoño*)

— Otoñada segura, / San Francisco la procura.



Estación de las hojas caídas. Estación de las hojas muertas, esas hojas que al pisarlas en los parques suenan a vegetal triscante.

Melancólica estación que en Murcia casi no se percibe.

No abundan, no, aquí los alamillos de hojas cimbreantes como monedas de oro en la pulsera de las sendas y veredas. Noviembre entrando imperiosamente en el invierno es el momento en que escribo y todo a mi alrededor, en la casa huertana de La Arboleja en la que habito, sigue verdeando tanto como en el verano, del que el otoño es su prolongación natural.

El verde de ayer con el verde éste de ahora.

En la Huerta el deshojamiento es lento, sereno, dilatado; la Huerta es como un

libro que se resistiera a pasar las hojas. Discurren los días y las hojas permanecen en las ramas, tercas. La enfermedad que el otoño anuncia como divisa de su interno mal no se presencia de hoy para mañana en nuestros pagos. Naranjos y limoneros refrescan el huerto con sus verdes hojas todo el año. Las palmas de las palmeras maduran como la barba de los ancianos, sin apenas hacerse notar, como la masa del pan tocada por la levadura.

En el santoral, San Francisco lleva la batuta del otoño. Cuatro de octubre.

La antorcha de su festividad anuncia la *otoñá*, que hace un par de años se celebró a instancias mías en la Peña Huertana 'El Malecón' con tocinos a la brasa y versos de poetas murcianos dedicados a la dorada estación.

La vara de medir es infalible. Llega San Francisco y las solapas de las chaquetas de pana comienzan a alzarse en la Huerta; sobre todo, cuando de mañana, muy de mañana, se va en bici o en moto a buscar el pan al horno o a llevar al autobús a la hija que ha dado en universitaria.

Cuanto agradecería saber a don Pedro Díaz-Cassou, partidario del conocimiento empírico, que en la Huerta actual, para la que él siempre quiso lo mejor de lo mejor de lo mejor, hay una juventud sana que estudia, una juventud sana que lee, investiga y se licencia en saberes múltiples tan intratables como la cliometría, una juventud sana que sabe —cómo no— que Díaz-Cassou es una sabiduría nuestra, un legado común de los murcianos, algo más, mucho más, infinitamente más, que una casa modernista en la murciana calle de Santa Teresa.

P.D. quede para una posterior oportunidad, por falta ya aquí de espacio, la glosa de los meses y los días, el día y la noche, y los días de la semana, según los trata Díaz-Cassou en el *Almanaque folklórico de Murcia* (1893) cuya lectura se recomienda a las Peñas Huertanas, que hora va siendo de que las Semanas Culturales respondan al adjetivo.